

OTRAS OPINIONES

Cuando algunos hechos llegan a caer en el feraz terreno de una mente genial, se llega a formular una interpretación certera de aquellos, la que asoma primero como mero indicio, se transforma después de una formal hipótesis y suele suscitar en quien la formula, actitud que eleva «a priori» tal hipótesis a la categoría de verdad incontrovertible, actitud que no comparten quienes no participaron en el proceso de elaboración de tal idea. Así pasó con Carlos Finlay, el gran cubano, quien ya en 1880 expresaba que, en su concepto para la propagación de la fiebre . amarilla era necesaria la existencia de un agente de «existencia completamente independiente de la enfermedad y del enfermo».

DR. MANUEL MARTÍNEZ BÁEZ.
México

El 18 de junio de 1881, el doctor Carlos J. Finlay inició sus estudios experimentales en la Habana, Cuba, sobre la transmisión de la fiebre amarilla por medio de mosquitos, y el 14 de agosto leyó en la Academia de Ciencias Médicas de la Habana su trabajo «El mosquito hipotéticamente considerado como agente transmisor de la fiebre amarilla», en el cual sentó las bases de la profilaxis de la fiebre amarilla urbana transmitida por el *Aedes aegypti* conocido por él como *Culex* mosquito. El genio de Finlay merece la admiración y el homenaje de todo el mundo civilizado.

1900-1901. En el curso de estos dos años se llegó al conocimiento de la forma de transmisión de la fiebre amarilla urbana, única entonces conocida, y muchas ciudades de América pudieron luchar contra ella por medio de campañas anti-aédicas, vencer a la fiebre y liberarse del terror que significaba.

DR. MIGUEL E. BUSTAMANTE.

Del Libro «La Fiebre Amarilla en México y su origen en América», México, 1958.

«ORACIÓN FINLAY»

Pronunciada por el Dr. Luis Patino Camargo, Delegado de la República de Colombia a nombre de la XII Reunión del Consejo Directivo de la Organización Panamericana de la Salud, junto a la estatua de Finlay en La Habana, el 20 de agosto de 1960, 45 aniversario de su muerte.

Doctor Carlos Finlay:

Desde la luminosa eternidad donde miráis crecer vuestra gloria al paso de las generaciones, recibir Señor este homenaje de vuestros discípulos congregados en el Consejo Directivo de la Organización Panamericana de la Salud.

Señor, venimos a daros un parte de victoria: el mosquito que seña- lásteis hace más de 80 años como mortal enemigo del hombre está derrotado y el vómito negro va quedando apenas como un recuerdo.

Los higienistas del hemisferio reunidos aquí en vuestra Habana maravillosa como delegatarios de los países para trabajar fervorosamente por la salud del pueblo que es nuestra suprema Ley. Lo hacemos con fraternal empeño y desde el lejano septentrión al polo austral, luchamos sin fronteras, sin distinción de colores o tallas corporales, hablando el mismo idioma y buscando el mismo propósito de mantener al hombre en plena salud para que su vida sea más fecunda y más grata.

Señor: los higienistas estamos realizando en paz el viejo sueño de un vidente: una América toda de los dioses todos: tierra, cielo, mares, libre para todos.

RECESIÓN DE LIBROS

JUICIOS Y COMENTARIOS A LA OBRA DE BEAUPERTHUY.
Publicación del Ministerio de Sanidad y Asistencia de Venezuela.
(Prólogo del Dr. José María Llopis). Caracas, 1964.

El Dr. José María Llopis, de la Sección de Estudios Históricos y Bibliográficos del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social de la República de Venezuela, nos envía con cordial dedicatoria, el libro titulado «Juicios y comentarios a la obra de Beaupérthuy», que viene precedido de un prólogo suyo.

Mucho agradecemos la dedicatoria y el envío del libro que compila una serie de trabajos sobre el ilustre médico franco-venezolano, a quien nunca le hemos negado méritos indiscutibles como investigador, pero sí nos hemos enfrentado a la actitud poco razonable de los que han tratado de negar el descubrimiento de Finlay y a los que irresponsablemente acusan de usurpador al sabio cubano, único exterminador del morbo amarillo de las Américas y del mundo.

No pretendo de ningún modo, quitarle mérito a Beaupérthuy, que junto con tantos otros, empezando por Aristóteles y Plinio, acusaron al mosquito de ser el causante de muchas enfermedades, pero nadie como Finlay, señaló específicamente el tipo de mosquito que transmitía el mal (la hembra del *Culex*, que después se denomine *Stegomyia* y ahora se le conoce universalmente por «*aedes aegypti*»). Antes de Finlay la fiebre amarilla asoló las poblaciones; después de Finlay se controló el mal.

Sobre el Dr. Arístides Agramonte, nuestro compatriota, que tanto citan, podemos decir, lo mismo que dice el Dr. Llopis del Dr. Brassac «jamás osó mirar de frente» la verdad finlaísta y solamente se convenció de la misma ante la evidencia de los hechos, y lo vemos protestar porque en los Estados Unidos pretenden arrebatarle la gloria a Finlay,

cuando él lo desconoció en el informe que firmó como miembro de la Comisión Americana.

Este volumen, donde se compilan los trabajos del ilustre médico franco-venezolano Dr. Beaupérthuy, por el cual sentimos profunda admiración y una gran simpatía, que consideramos un gran investigador, quien como todos los hombres de ciencias luchó contra el medio e hizo grandes y valiosos aportes a la investigación médica, está encaminado por sus propulsores a otorgarse a Beaupérthuy el título de precursor del descubrimiento del medio de transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito, tomando como base el aspecto cronológico, nos parece muy plausible, lo que sí objetamos es que en muchos de los trabajos incluidos en la obra se trate de menospreciar al Dr. Carlos J. Finlay, presentándolo como usurpador de las investigaciones de Beaupérthuy, aunque en yuxtaposición hay otros que lo enaltecen como los del gran médico Dr. Francisco Ríquez y los notables historiadores Ricardo Archila, Ceferino Alegría y otros.

Pero comencemos por analizar el prólogo del querido amigo Dr. José María Llopis, el más apasionado defensor de Beaupérthuy, quien de una manera persistente trata de establecer que Finlay conocía los trabajos de Beaupérthuy, cuando categóricamente el propio sabio cubano declaró ante la propia Academia de Ciencias de la Habana, a preguntas del Dr. Diego Tamayo, que no conocía los trabajos del ilustre médico franco-venezolano.

Y porque vamos a dudar de las palabras de Finlay, cuando se sabe que por aquella época no había los medios de difusión que existen en la actualidad, que los investigadores de las ciencias médicas laboraban dentro del mayor aislamiento hasta la demostración y comprobación de sus hipótesis. Pasteur, del propio origen francés de Beaupérthuy, se afanaba por encontrar bases científicas contra la fiebre amarilla, sin tener noticia alguna de los trabajos de su compatriota en Venezuela.

El propio Finlay estuvo 19 años con su descubrimiento ofrecido a la consideración de los científicos del mundo, sin merecer crédito ni atención alguna.

La insistencia del Dr. Llopis no nos parece razonable ni justa. El propio Ríquez, atribuye al Dr. Beaupérthuy la prioridad de las investigaciones de la fiebre amarilla, y refiriéndose al médico cubano dice: «El Dr. Finlay, en la Habana, demuestra en 1881, por numerosas experiencias y sin haber conocido los trabajos precedentes, que el "Culex mosquito es el trasmisor de la fiebre amarilla».

Ya ve el amigo Llopis, que Ríquez cree en la palabra de Finlay. Y nosotros, agregamos, si Finlay, que se vio combatido con enérgica acritud por sus contemporáneos, especialmente por los propios médicos cubanos, que se burlaban de él, que lo calificaban despectivamente el «médico de los mosquitos» hubiera conocido los trabajos de Beaupérthuy, seguramente lo hubiera citado, sino véase lo que dijo en su trabajo fundamental «El mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla», donde expuso públicamente el resultado de sus investigaciones como punto de partida de su descubrimiento científico:

«Históricamente el mosquito es uno de los insectos más antiguamente observados. Aristóteles y Plinio hacen referencia a su trompa, que sirve a la vez para horadar la piel y chupar la sangre».

Como se observará, antes que Finlay, antes que Beaupérthuy, antes que Nott y de tantos otros, ya se había incriminado al mosquito como posible causante de tantas enfermedades.

Si Finlay hubiera conocido los trabajos de Beaupérthuy, y si los hubiera considerado de acuerdo con sus doctrinas o le hubiera significado alguna orientación o pauta, tenemos la seguridad más absoluta que hubiera citado a Beaupérthuy. La proverbial honradez científica de Finlay no hubiera rehuido jamás tal reconocimiento.

El amigo José María Llopis viene incurriendo en un error histórico en varios de sus trabajos. Él afirma que Finlay se casó en la Isla de Trinidad. Erróneo. El Dr. Finlay se casó en la ciudad de la Habana en la iglesia Parroquial Nuestra Señora de Monserrate, el 16 de octubre de 1865, como consta en los certificados expedidos por esa iglesia.

Ya ve el Dr. Llopis como está apasionado al afirmar, sin base alguna, que Finlay y Beaupérthuy se conocieron, se entrevistaron, hablaron sobre fiebre amarilla y los mosquitos, cuando de tales versiones no hay antecedente alguno ni el menor vestigio de verdad histórica. Ojalá ambos investigadores se hubieran conocido, ojalá se hubieran entrevistado, ojalá hubieran intercambiado sus estudios sobre el mosquito y la fiebre amarilla. Tenga la seguridad el amigo Llopis, que si ello hubiera sucedido, honradamente lo hubiera hecho constar en sus trabajos, porque el sabio cubano era todo bondad y todo corazón. El egoísmo no anidaba en su alma. Tan grande era su generosidad, que vemos su actitud en el III Congreso Médico Panamericano, ante el informe del Dr.

Reed, como en vez de refutarle con energía y desenmascararlo del intento de robo que pretendía hacerle de su descubrimiento, no lo hace, porque a él no le importaba la gloria, por la que no luchó jamás, sino le interesaba la obra, la conquista de la fiebre amarilla y esa ya estaba lograda, no importaban los nombres, sino que la Humanidad hubiera dejado de sufrir el terrible flagelo del «vómito negro».

He ahí la grandeza moral, que por igual se remonta a la altura del sabio. Al silencio usurpador del nombre de Finlay en el informe de Reed, y al desconocimiento oficial de la paternidad de su descubrimiento, de sus experiencias y de la labor infatigable de toda una vida dedicada a combatir la fiebre amarilla, por el único método positivo, el gran Finlay corresponde dándole las gracias por el aporte de la Comisión Americana a la ciencia.

Un hombre que procedió como el Dr. Finlay ante la injusticia manifiesta de la Comisión Americana, no es capaz de negar su conocimiento de los trabajos de Beaupérthuy, como pretende hacer ver el doctor Llopis. Es juzgar muy a la ligera la personalidad histórica de Finlay en su aspecto de ética personal y científica.

En uno de sus trabajos, el Dr. Llopis, afirma:

«Para nosotros cuenta como artículo de fe la afirmación categórica de Finlay, quien dijo no haber conocido a Beaupérthuy, pese a que en el mismo periódico "Las Antillas", en una edición del año 1869 se publicara en el mismo cuerpo y páginas dos noticias, una participando la arribada a Trinidad de Beaupérthuy para seleccionar enfermos de lepra que habían de ser sometidos a su tratamiento, del que tanto se venía hablando, hasta motivar la preocupación del gobierno británico y la otra publicando la nueva de que la familia Finlay partía para Trinidad con motivo de la insurrección que se acababa de producir en Cuba».

¡Es «artículo de fe la afirmación categórica de Finlay... no lo es, pues, al agregar la otra nota aparecida en el periódico Las Antillas, está suponiendo que Finlay no decía verdad! Y si analizamos la nota periodística, observamos que habla de la llegada a Trinidad de Beaupérthuy, preocupado no en la fiebre amarilla, sino en la lepra; pero que la nota relativa a Finlay, es anunciando la partida de Finlay a la Isla de Trinidad, no la llegada de Finlay a la Isla de Trinidad, y en aquella época, no había aviones ni otro medio de transporte que permitieran hacer

tal viaje de Cuba a Trinidad en veinticuatro ni en cuarenta y ocho horas, que demoraban muchos días en salvar esa distancia. Es lo más probable que cuando Finlay llegó a Trinidad ya Beaupérthuy no estuviera en la Isla...»

Este libro que comentamos es muy interesante para nosotros, pues cita a Finlay en casi todas sus páginas. Hemos anotado citas sobre el sabio cubano en las páginas siguientes: números: 9, 13, 98, 105, 106, 115, 116, 124, 135, 138, 140, 148, 149, 159, 187, 188, 192, 194, 195, 199, 200, 203, 206, 207, 210, 213, 223, 224, 246, 247, 262, 268, 270, 273, 288, 289, 292, 305, 307, 313, 318, 321, 347, 349, 353, 356, 357, 360, 368, 370, 372, 375, 381, 383.

También hemos observado que califican a Beaupérthuy, como precursor de Pasteur y de Finlay. Yo creo que ningún homenaje más sentido ni más hermoso podía tributársele a Finlay, que lo aparejara al gran Pasteur en sus investigaciones científicas.

El Dr. Pablo J. Anduze, que es quien más ha maltratado a Finlay en toda la polémica que hemos venido sosteniendo a través del tiempo, y en forma innecesaria, porque con insultos y calumnias no se convence a nadie y menos en estas cuestiones histórico-científicas en que debe primar el análisis y el razonamiento, tiene dos trabajos en este libro. No se incluye, desde luego, el primero de sus artículos publicados en la prensa venezolana y sobre el cual le refutamos en su oportunidad. El que aparece en este tomo, es precisamente donde aclara por su condición de caballero y de científico, aquellas frases vertidas en el primer artículo, al decir:

«Como preámbulo, quiero afirmar que no me animaba el deseo de denigrar ni de empequeñecer el prestigio científico del sabio cubano, cuyos méritos son hartos conocidos...»

Después en otro párrafo, agrega:

«Está visto, pues, que Finlay no carece de defensores en Venezuela y agregaré que no los necesita tampoco porque aquí nadie ha atacado a Finlay ni ha tratado de menguar su gloria. El revuelo lo ha causado una palabra desatinada si es **por lo de usurpar. Lo** que he tratado de hacer es esclarecer una verdad histórica».

Es obvio que con estas palabras rectificadoras del Dr. Anduze, damos por terminada la actitud enojosa que teníamos contra él, motivada por su primer artículo.

En cuanto a los puntos de vista que él sustenta en el caso Beauperthuy, tenemos que respetar su opinión que no compartimos, máxime cuando trata de negar la afirmación de Finlay sobre que no conocía los trabajos de Beauperthuy...

El Dr. Aristides Bastidas, en un trabajo que publicó en El Nacional, de Caracas y que se reproduce en esta obra, abunda en las mismas ideas del Profesor Anduze, al que considera «quizás el primer entomólogo de Venezuela», en cuanto a que Finlay calló los conocimientos que tenía de los trabajos de Beauperthuy... Otro que duda la honorabilidad de quien no tenía por que mentir, cuando no aspiraba a gloria alguna, sino a librar a la humanidad del terrible azote.

Otro trabajo, el Dr. G. Bracho Montiel, publicado en la «Agora Médica» y reproducido también en este libro, cae en el mismo error de Llopis y de Anduze, sobre el contacto de Finlay con Beauperthuy, ha riendo afirmaciones terminantes sobre la entrevista que jamás se efectuó. Esto, señores, no es esclarecer la historia, sino falsearla, porque dónde están los datos para hacer tal afirmación. O es que se pretende sembrar la duda a base de un rumor, un se dice... En la Historia y en cuestión de tanta monta no se procede así, a la ligera.

En el último trabajo del Dr. José María Llopis, que aparece en esta obra, se vuelve a repetir lo mismo que en los anteriores. Otra vez, la visita de Finlay a la Isla de Trinidad y deja entrever en tono sospechoso y oscuro de tal entrevista y de conocimiento por Finlay de los trabajos de Beauperthuy sobre fiebre amarilla. Aunque en este artículo, agrega otra cosa, que dijo «que alguien había dicho». Por ejemplo:

«Resta solo la cuestión delicada de saber si Finlay conoció o no personalmente a Beauperthuy, si sólo supo de él a través de amigos comunes o simplemente por haber coincidido en algunos de sus viajes a la Isla de Trinidad, donde casó el sabio cubano y residía la familia de la esposa. No hemos podido tampoco comprobar si es cierto como alguien ha dicho, que su suegro muriera de fiebre amarilla y lo asistiera en sus últimos momentos Beauperthuy o cualquiera de tantas cosas más dichas a éste propósito».

Ya he aclarado anteriormente, que Finlay se casó en la Habana y no en la Isla de Trinidad, como afirma el Dr. Llopis.

En el párrafo siguiente, el propio Dr. Llopis, vuelve a repetir:

«Para nosotros cuenta como artículo de fe la afirmación categórica de Finlay, quien dijo no haber conocido a Beupérthuy...»

Y repite lo que copiamos anteriormente del periódico de la Isla de Trinidad.

Como se observará el Dr. Llopis, insiste en sembrar la duda y esa frase que reitera tan frecuentemente que para él «cuenta como artículo de fe...» la afirmación de Finlay, nos está pareciendo que no cree en nada y trata de pregonar dichos rumores, como llamamos en Cuba «bolas», para sembrar el desconcierto en la cuestión y dejar en el ambiente la nota dudosa, la especie del «se dice», sobre la que tantas dudas se crean. Y ya se ha dicho que de la duda, cuando no quema, mancha. ¿Es ésta la mejor forma de honrar a Beupérthuy?

Ahora, a los cincuenta años de su muerte, aún se trata de discutirle la gloria a Finlay, de negar su obra, y hasta de sembrar la duda de su honorable palabra...

No somos adversarios, antes al contrario, somos admiradores del Dr. Luís Daniel Beupérthuy, no nos oponemos a que se le denomine Precursor, mantenemos el apotegma del Dr. Juan Guiteras, pronunciado en el banquete a Finlay en 1900, cuando dijo: «Hay gloria para todos en esta obra».

CÉSAR RODRÍGUEZ EXPÓSITO

(Revista «Finlay» Habana
T. VI Enero-junio de 1966, p. 74-78).